
CARA Y CRUZ DE LOS VIAJES DEL PAPA

SON relativamente pocos los españoles que leen los periódicos. De entre estos pocos, muchos dedican su mayor atención a la sección preferida y se contentan con hojear rápidamente los titulares de las restantes páginas. Con un muy pequeño manojito de frases espigadas —¿con qué criterios?— en la mesa de la redacción de los periódicos o los corresponsales de Televisión nos hacemos para nuestra información personal un peligroso resumen de urgencia.

La prensa, con cierta frecuencia, siguiendo un esquema fijo, tiende a simplificar los viajes del Papa. Se podría enunciar más o menos así: llegada al aeropuerto donde es recibido, entre salvas de ordenanza y soldados que presentan armas, por las supremas autoridades de la nación y por los obispos católicos. Subida al papamóvil que traslada al Papa, protegido de posibles atentados —¿también de la realidad concreta del país?— a los lugares de encuentro multitudinarios. Avalancha de discursos en los que se denuncian los males de la situación actual (humanismo sin Dios, aborto, divorcio, contracepción). Condenas más o menos duras de las desigualdades sociales pero crítica a las desviaciones en teología y, sobre todo, a la teología de la liberación. Exhortación a volver a las raíces cristianas de la propia historia y cultura o a instaurar un orden social que traduzca a la vida del país los principios cristianos. Despedida. A las pocas semanas o meses, el Papa peripatético como lo ha calificado una publicación católica americana (Commonweal) repetirá el esquema y el ritmo en otro grupo de países.

Este esquema simplifica unilateralmente los viajes del Papa. Y una selección de los reporteros, más o menos consciente, al destacar unos aspectos en grandes titulares y al silenciar o dejar en penumbra otros, altera de hecho el contenido de los viajes. Así, más o menos, se le hará decir al Papa que predica la revolución en Polonia y la sumisión en América Latina o que anima a que tengan todavía más hijos a aquellos países del Tercer Mundo con un disparado crecimiento demográfico.

¿Es todo tan lineal y tan simple? Permítasenos reflexionar sobre dos afirmaciones. La primera: «Los viajes del Papa no son lo que se dice».

□

El último viaje del Papa ha sido al Brasil. Desde la anterior visita, en julio de 1980, los brasileños viven peor. El Banco Mundial nos dice que en estos diez años la riqueza se va repartiendo con una desigualdad todavía mayor. Los ricos se van haciendo más ricos. Los pobres son cada vez más y tienen menos. Encuestas inmediatamente anteriores a la visita del Papa ponen de manifiesto que los brasileños esperaban del Papa no tanto elevados discursos religiosos sino denuncias de los problemas sociales más urgentes.

E*N el viaje a Brasil Juan Pablo II ha dicho frases duras sobre la situación socio-económica. Brasil no puede pagar su gigantesca deuda exterior (121.000 millones de dólares) «a costa del hambre y la miseria del pueblo». Y de ello deben tomar nota los países acreedores. La caída del comunismo, como sistema socio-político, no debe interpretarse como una consagración del capitalismo liberal. Las autoridades deben «restaurar sin demora la moralidad en el gobierno». Los obispos deberán alzar su voz cuando esté en juego la dignidad de la persona humana, de cualquier raza o condición. La Santa Sede «no se ha opuesto nunca a la teología de la liberación como tal» sino sólo a aquella teología que se estructura según los contenidos marxistas. Estas pocas frases no abarcan todo el contenido doctrinal de los discursos. Habló también del V Centenario, de las sectas, del problema ecológico, de los muchos niños desaparecidos y asesinados, de la fidelidad de los sacerdotes a su vocación y al celibato sacerdotal... Caminó entre chozas y en medio del barrizal para saludar a algunos habitantes de las favelas...*

El contenido social de los discursos y actitudes del Papa ha sido altamente apreciado por sacerdotes conocidos y comprometidos en la lucha por la justicia. Por citar a alguno, el obispo de origen español Pedro Casaldáliga decía que el Papa había dado un apoyo decidido a la reforma agraria y Clodovis Boff, hermano de familia y de orden religiosa de Leonardo, afirmaba que el Papa «ha tenido el mérito de haber salvado el proyecto y la propuesta teórica de la teología de la liberación».

Estos breves apuntes nos llaman la atención. No debemos hacernos de las visitas del Papa un esquema simple de blanco y negro. Sería muy necesario que nos adentráramos con un cierto mayor sosiego en el caudal de los discursos y no nos

contentáramos con simplificaciones drásticas, «a la carta» del redactor de turno y a la actitud preconcebida del lector perezoso.

LOS viajes del Papa no son como se dice. Pero —y ésta sería una segunda reflexión—, ¿son cómo podrían ser? ¿Hay ya un esquema patentado al que atenerse en el cual las posibles variaciones sean sólo de cambio de acentos en algunos contenidos?

Se ha señalado en el último viaje a Brasil que la afluencia de masas a los encuentros con el Papa ha sido mucho menor de la prevista. Se han buscado en seguida explicaciones. Algunas de ellas tienen desde luego su peso. Se diría con todo que subyace un cierto temor a que los viajes del Papa o algunos de ellos pudieran no ser tan clamorosos y triunfales como algunos del pasado.

Esta circunstancia puede convertirse en ocasión saludable para pensar si no sería preferible recibir las visitas del obispo de Roma y pastor universal de la Iglesia católica en otro marco y con otros signos, con un estilo y modo muy distinto.

Hay que saludar positivamente la salida de los papas del Vaticano. De «prisioneros del Vaticano» (así se consideraban hasta los Pactos de Letrán de 1929) han pasado a ser «vagabundos» del planeta. Esta expresión es del propio Juan Pablo II. Comenzó Juan XXIII con viajes cortos dentro de Italia que arrancaban de una estación minúscula casi de estudio cinematográfico, dentro del Estado del Vaticano. El primer gran viaje —impresionante por la vuelta a los orígenes y por tantos motivos— fue el de Pablo VI a Palestina, la tierra de Jesús. A partir de entonces Pablo VI y sobre todo Juan Pablo II han realizado ya numerosas visitas a países diversos y distantes. Todo ello ha ayudado a cambiar la imagen externa de los papas. Afortunadamente la silla gestatoria, la tiara, los grandes abanicos de plumas de avestruz y las diversas clases y colores de soldados y guardias pontificios han pasado a los desvanes o al recuerdo. En ese marco el Papa aparecía encerrado en un contexto de exotismo oriental. Esta saludable desacralización puede contribuir a una más cristiana valoración de la figura y el servicio del Obispo de Roma, sucesor de Pedro, en la Iglesia católica.

¿Qué pasaría si...? Y aquí es lícito expresar con sencillez deseos que nos parecen razonables y compartidos por no

□ □

pocos católicos. No parece inevitable que todos los viajes que realiza el Papa, que en su intención son «viajes pastorales» a las diversas iglesias locales, tengan que ir encorsetados en los protocolos de visitas de Estado, de recepción oficial en aeropuertos con honores militares, de despliegues policiales equiparables a los desplazamientos de los «grandes» de este mundo, de sumas de dinero ingentes para levantar grandiosas y efímeras tribunas y de monólogos multitudinarios, incrustados con dificultad en un ritmo maratoniano de actos y comparecencias públicas.

¿QUE pasaría si...? El Papa podría desplazarse con un muy reducido acompañamiento, a un país determinado, a visitar diversas iglesias y comunidades locales. Es claro que tendría forzosamente

—aunque cada vez menos— que ir rodeado de una discreta protección. Pero no sería necesario desplegar un contingente policial tan vasto como cuando los presidentes de grandes naciones realizan visitas de Estado.

Participaría en reuniones en las que, en diálogo respetuoso y sincero, se pudieran compartir familiarmente con el Papa las dificultades de la iglesia local y diversos enfoques sobre la misión de la Iglesia. Podría conocer de cerca y en clima de sencillez a los «agentes de pastoral» en culturas y responsabilidades diversas. En un contexto así, el servicio pastoral del sucesor de Pedro en la Iglesia ayudaría —con modestia creemos que todavía más eficazmente— a confirmar la fe de los hermanos.

Es posible que éstos no sean los únicos viajes posibles y deseables del Papa a diversos lugares del mundo. Los viajes «multitudinarios» en los que cientos de miles de personas acuden a ver y oír al Papa pueden tener su justificación y su fruto. Encuentros masivos pueden seguir siendo convenientes. Pero, del mismo modo que Juan XXIII y sobre todo Pablo VI dieron el salto cualitativo de salir y muy lejos de los muros del Vaticano, nos preguntamos si no ha llegado ya el momento de diversificar los viajes y la manera de hacerlos.

Escribimos estas reflexiones porque pensamos que el posible —deseable— cambio no es obra y decisión de un solo hombre. La fuerte simplificación de gestos externos que han tenido

□ *lugar en tiempos de Juan XXIII y de Pablo VI —el Papa Juan se veía en la silla gestatoria como una especie de sátrapa oriental— acontecía en un clima en que estaba fermentando toda la reforma que polarizó en torno al Vaticano II. La dedicación con que los papas vienen asumiendo su alta responsabilidad es un ejemplo para los cristianos.*

Aunque con mentalidades diversas —ricas y a veces desconcertantes— asumen su ministerio con una entrega que, ya en sí misma, es un servicio a la fe. Cada papa —Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II— tiene su propio estilo. El Papa Wojtyła, que ha dejado en estos trece años pasados casi la vida en el atentado y una buena parte de sus fuerzas, conserva todavía un gran poder de comunicarse con las multitudes en los grandes escenarios. Tiene un estilo personal en los viajes que tal vez ni podrá ni querrá cambiar. Ante su presencia vigorosa y decidida como párroco del mundo pueden quedar empalidecidos los rostros concretos de los pastores y las iglesias locales.

L *A vida de la Iglesia no terminará con los papas de este siglo. Seguirá adelante. La función de los obispos y de los papas en la Iglesia, teniendo la misma raíz y la misma finalidad que tenía en las comunidades primitivas, puede configurarse de formas muy diversas. Sería deseable profundizar mucho más aún en una configuración más colegial y más dialogal de las visitas de los papas. Un gran teólogo ya desaparecido, Karl Rahner, escribió hace algunos años: «Los viajes del Papa deberían dirigir la mirada y el corazón de los hombres hacia Dios y hacia los prójimos necesitados y no hacia la imagen del Papa... Las gentes que aclaman al Papa deberían tolerar que se les preguntase: ¿También rezáis cuando estáis solos?, ¿lleváis en la vida real la cruz de cada día?, ¿pensáis en los pobres de vuestro entorno y del Tercer Mundo?».*

Los creyentes debemos hacernos cada vez más conscientes de que los gestos y las demostraciones espectaculares deben estar respaldados por las propias conductas. Las modestas reflexiones sobre los viajes de los papas no son una pirueta imaginativa hacia el futuro. Son una reflexión exigente sobre nuestra Iglesia cuya misión descansa sobre los hombros de todos nosotros.